

prurito eslavo de la confesión», ante su novia. Esto produjo en Sonia una impresión que el autor de este «Retrato de Tolstoy» juzga inolvidable. Quizás no fué esto sólo, sino la agrupación de muchas más diferencias, que se acumularon al cabo de años, cuando ya la vejez y el decaimiento dominaba a León Tolstoy. La grandeza de este hombre y lo lamentable de su fin, no quitan al biógrafo contemporáneo la necesidad de analizar, razonable e imparcialmente, los motivos de esta huída, que echó tan profunda mancha sobre la familia del escritor. De esa fuga trágica que terminó en la estación de Astapovo, en noviembre de 1910.

Opiniones y manifiestos

□ En Francia. Los intelectuales manifiestan sus opiniones en relación con el conflicto italo-etíope, las sanciones y demás consecuencias de esta incidencia guerrera. Tres sectores, mejor dicho, dos sectores y tres manifiestos, uno de los cuales tiene como añadido o colofón un grupo de firmas... Pero pasemos a la exposición exacta.

□ El primero ha sido titulado por los diarios «Manifiesto de Personalidades Cristianas a propósito de la guerra de Etiopía». Dice, entre otras cosas: «En la actual confusión de los espíritus y ante la grave situación creada por el conflicto italo-etíope, es imposible para aquéllos que rehusan, todos a un tiempo oscurecer los principios de su conciencia y admitir la hipótesis de una nueva guerra europea, es imposible guardar silencio».

«La justicia debe ser respetada en todas sus exigencias. Ella misma nos pide oponernos a toda extensión del conflicto armado. Ni la necesidad de expansión, ni la obra civilizadora por cumplir, han dado jamás el derecho de apoderarse de los territorios de otro y de llevar a ellos la muerte... Es un deber venir en ayuda de los que sufren injusticias, pero nunca, la más estricta-

ta moral política, ha pedido a un pueblo acudir para ello a medios que acarrearían su propia pérdida o una catástrofe universal... Si el sentido de lo justo y de lo humano no bastara aquí para conmover los corazones, al menos la consideración de este Occidente a quien tratan con tanta ligereza de ligar a una mala causa, debería temer el uso que otros violentos pueden hacer de esta misma doctrina de la desigualdad de las razas y de la insignificancia de romper y violar los compromisos internacionales...».

Firman este manifiesto, entre los primeros, el P. Bernaboth, director de la «Vida Intelectual», Paul Claudel, el editor Robert Correa, Francis James, el compositor Maurice Jaubert, el actor Louis Jouvet, Francois Mauriac, Jacques Maritain, L. Martin-Chauffier, André Therive, el canónigo Villien.

□ Un grupo de escritores, para asociarse a los que firman este documento por la justicia y la paz, dirigió una carta a los primeros firmantes, la cual decía así:

«Los escritores abajo firmantes, después de haber conocido el valeroso manifiesto aparecido el 18 de octubre en diferentes diarios, consideran oportuno pedirnos unir sus firmas a la de vuestros amigos. Estamos de acuerdo con vosotros en acentuar por encima de todo la mantención de la idea y la voluntad de justicia y aprobamos enteramente vuestras declaraciones a este respecto. Esta afirmación de la voluntad de justicia, nos parece de suprema importancia y se coloca ante nuestros ojos sobre toda otra consideración: André Gide, Julien Benda, André Chamson, Jean Cassou, Leolpoldo Chauveau, Jean Schlumberger, Claude Aveline, Roger Martin du Gard, Jean Guehenno, Henri de Montherlant.

□ Poco después aparece otro manifiesto, defendiendo a Italia y con un punto de vista de franca simpatía por esta nación. Algunos párrafos: «Se quiere lanzar a las naciones europeas contra Roma. No se titubea en tratar de culpable a Italia, en seña-

larla al mundo como el enemigo común, bajo pretexto de proteger en Africa la independencia de una amalgama de tribus incultas... Por la ofensa de una coalición monstruosa, los justos intereses de la comunidad occidental serían heridos, toda la civilización puesta en posición de vencida. La inteligencia, allí donde no ha abdicado su autoridad, rechaza ser cómplice de semejante catástrofe...».

Ataca después este manifiesto a Inglaterra y a la Liga de las Naciones. Entre las firmas, se hacen notar las siguientes: los académicos de la Francesa Maurice Donnay, Abel Hermant, Pierre de Nolhac, Henri Bordeaux, Louis Madelin, Georges Lecomte, Edouard Estaunié, Louis Bertrand, André Chaumeix, Abel Bonnard, André Bellessort y Claude Farrère. En su mayoría, ancianos o medianías. Luego vienen otras firmas que merecen alguna mayor consideración: Contantin-Weyer, León Daudet, Drieu la Rochelle, Thierry Maulnier (estos dos son lo más respetable de la joven intelectualidad fascista francesa) Bernard Fay, Robert Kemp, Charles Maurras, Jean Maxence, Maurice Martín du Gard, Charles Richet, Robert Barsillach y otros.

□ Un manifiesto contrario a este citado, afirmando que el grupo anterior no representa, por fortuna, a toda la intelectualidad francesa; defendiendo la Sociedad de Naciones y condenando la Guerra; comprendiendo de muy diferente modo la amistad entre Francia e Italia, ha sido firmado por unos trescientos intelectuales, entre los que figuran: Jules Romains, Luc Durtain, Louis Aragón, André Gide, Julien Benda, Paúl Poiret, Jean Effel, Romain Rolland, René Lalou, Charles Vildrac, Jean Prevost, Paul Langevin, «Alain», André Malraux, Louis Guilloux, Pierre Unic, Emmanuel Bove, Benjamín Cremieux, Vlaminck, Georges Auric, Elie Faure y Alexandre Arnoux.